

LAS CARICIAS DEL FUEGO

Alejandro Céspedes





Foto: José Javier González





LAS CARICIAS DEL FUEGO

Alejandro Céspedes

Ilustraciones: Eva Hiernaux



Las caricias del fuego

Diseño de libro y de cubiertas: Alejandro Céspedes

Ilustración de cubierta: Eva Hiernaux

Maquetación: Alejandro Céspedes

© De los textos, Alejandro Céspedes

© De las ilustraciones, Eva Hiernaux

© De la edición Cana negra, S.L.

Arévalo, 11

28770 Colmenar Viejo (Madrid)

www.amargordediciones.com

info@amargordediciones.com

ISBN: 978-84-949411-9-1

Depósito legal: M-35225-2018

© Todos los derechos reservados. 1ª Edición: Madrid,
noviembre 2018

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o fotocopia, sin permiso previo del editor.

LAS CARICIAS DEL FUEGO

(Las Siete Palabras)¹

¹ *Las Siete Palabras* de este libro no siguen el mismo orden que las atribuidas a Jesús en el N.T.

In memoriam.

Para Aurelia Solares Céspedes, que tras sobrevivir demasiadas veces a su inmenso infortunio, supo inventar para mí, hasta su muerte, una historia distinta cada noche (cuentos, los llamaba ella), y sembró en mi cerebro las palabras que, años más tarde, yo recolectaría para hacerme ser digno de escribirlas.



Soy un paraje, un suelo inespecífico. La ruina que resume un espacio devastado. Lo atascado, lo que no ha podido soñarse, arrastra en la turbulencia de la vigilia ficticia que me atrapa al yo y sus certidumbres, al yo en su irrelevancia.

Santiago Kovadloff

Todos los hombres, en el vertiginoso instante del coito, son el mismo hombre.

J. L. Borges

Cada vez que se abre un libro todo vuelve a ocurrir.
Otra vez, ante los ojos del lector, la historia se repite.

La Primera Palabra:
Hombre, he ahí tu hija.²
(de Jn. 19,26)

LAS CARICIAS DEL FUEGO

² Hay una inversión de género respecto a la frase original.



Traspasar la frontera era tan fácil... Quién le dice a la caricia cuál es el territorio prohibido. Cómo sabe la piel que a partir de una célula inexacta comienza la maraña del deseo a enredarse y hacerse invulnerable.

Qué señales informan a esas manos de que la nueva tierra donde están cabalgando sus diez dedos todavía no puede ser pisada.

Qué puntos de la piel van indicando dónde están los linderos del camino por el que transitar es aún posible sin tener que esconder las emociones. Cómo puede saber la blanda esponja, los redondos planetas de la espuma, que en un instante el radio de sus órbitas empieza a gravitar sobre el peligro.

Qué espasmo del cerebro modifica la intención de la esponja, del labio, de los dedos.

Qué neurona oscurece y afila la mirada del hombre ante un asombro que unos segundos antes solo era un trozo de piel sucia entre sus manos. ¿En qué clase de espectro puede llegar a encarnarse la ternura?

Pero... ¿si no hay frontera? ¿Si yo nunca he tenido territorios vedados ni a los labios ni a las manos?

Desde que fui carne, carne dócil, fui adiestrada al amor y a la caricia. No hubo noche en la que no viniera a sentarse en la colcha de mi sueño. No hubo noche que no me hipnotizara con su voz que sembraba mis oídos de extraños horizontes.

Si no había frontera cómo iba él a traspasar qué límites.

Fui creciendo a la sombra de sus manos,
se expandían mis células cuando él las exploraba,
mi piel fue como un atlas a sus ojos,
un territorio utópico, cercano, conquistable.

Y si no había frontera, cómo reconocer en qué momento esa metamorfosis de sus manos las convertía en ágiles rapaces que aleteaban debajo de mi falda.

Desde qué desquiciada procedencia acudía aquel ímpetu que desoía el sermón de la ternura y que yo nunca supe calmar sin ensuciarme.

No sé cómo dejar de recordar que entre sus labios ardió todo el paisaje de mi infancia y se apagaba revolcándose en tierra, en agua, alfombra o sábana intentando esquivar el aguijón de sus cosquillas.

No alcanzo a discernir qué diferencia existió entre unos besos y los otros. Entre aquellos que me hacían dormir como los pájaros con la cabeza envuelta entre sus alas, y los otros. Los otros.

Tal vez no fue su culpa.

Tal vez no supe hacerme huraña a su mirada cuando veía sus ojos reptando por mis muslos o descubrían sus dedos el asiento del alma, pues mis ojos se abrían como círculos sobre la piel del agua y por su diámetro, que se hacía más ancho y más profundo en cada instante, mi inocencia escapaba con tal fuerza que el remolino ahogaba sus sentidos y lo engullía en un pozo inacabable.

Y si no fue su culpa, ¿cómo reconocirme en su mirada?

Yo era su gran amor.

Yo era una gacela y me escondía en el bosque de la casa.
Y él me hallaba. Yo era su paisaje y sus dedos las
piernas de un explorador que iba buscando un oasis en
los sitios más raros de mi cuerpo. Y lo encontraba.

Cuando yo era un pez, él era red. Cuando yo era la nube,
él era el vendaval que me envolvía y llevaba hasta el
nido de su cama. Allí yo era su pájaro, me daba de
comer y yo abría el pico.

A veces yo era miel y otras era él.
Y nos quedaba la lengua enrojecida.

Como yo era una luz tuve por nombre Aurelia.
Yo era un ángel, sabía introducirme en la frontera
microscópica que hay en los espejos y traspasar los ojos
sin quebrarlos.

Yo era una pomada que extendida sobre las branquias
de todos sus problemas los ahogaba.

—*Somos nuestro secreto* —me decía.

—**Somos nuestro secreto** —me decía. Y apagaba la luz.
—*Los secretos brillan todavía más en la penumbra.*
Y yo ni me atrevía a respirar.

Decía —*cierra los ojos, los secretos tienen un brillo tan intenso que quema las pupilas de las niñas.*

Y él me abría el pijama muy despacio.
—*El secreto nace justo dentro del alma de las niñas. No se puede hacer ruido, no vaya como un pájaro a espantarse.*

Y yo ni me atrevía a respirar.

Y luego me decía que a las almas conviene recordarles que están vivas porque si no se quedan dormidas para siempre, lo mismo que en el cuento.

Y él besaba mi alma, era mi príncipe. Y yo ni me atrevía a respirar, no fuese como un pájaro a espantarse.

A veces ni siquiera se alegraba de verme. Ni me miraba cuando entraba en casa. Él no sabía que toda la tarde la pasaba pensando qué ropa iba a ponerme, ni que había estado varias horas sentada en el pasillo, esperándole. Ensayaba ante el espejo los vestidos que a él más le gustaban: el de cuadros, para jugar a ver si adivinábamos lo que escondía detrás de cada uno; el que tenía treinta y siete flores de colores distintos. Le gustaba contarlas, encontrarlas con su olfato de perro y comérselas todas.

En las noches de días como esos no venía a mi cuarto a cazar las punzantes pesadillas que acechaban mis sueños ocultas en los pliegues del pijama. Esas noches tampoco encontraba el sueño el camino hasta mi cama.

Esas noches tenía que rezar mucho. Y sola.

—*En el nombre del padre, del hijo, del espíritu...*

Y otra vez a empezar. Y no venía.

Yo no sabía que el hijo y el espíritu tendrían que ser después la misma cosa.

No sabía que al espíritu también puede atacarle la gangrena.

Después de que chirríe la puerta de su cuarto.

Después de que se cierre el grifo del lavabo.

Después de los dos clics de los interruptores del pasillo.

Cuando ya estaba viendo cómo se iba acortando su sombra en la pared. Cuando la alfombra de mi cuarto amortiguaba el siseo de sus zapatillas, se aceleraban las dos respiraciones.

Un vaho cálido a whisky se metía dentro de mi oído.

Yo cerraba los ojos. Ya estaba aquí. Lo olía. Se arrimaba.

Pronto estarían sus manos preguntando
si en mi pijama había algún resquicio.

Está haciendo el recuento. Busca mi cama con su hocico hincado en las ranuras del pasillo. Olfatea mi rastro en las baldosas. Se cuela en las rendijas del descuido. Tiende hacia mí sus manos igual que un pordiosero y con las uñas sucias pretende acariciarme. A tientas, en lo oscuro, busca el cuerpo.

Viene arañando el suelo con sus púas y yo lo reconozco: chirría como tiza en la pizarra.

Está haciendo el recuento. Se arrastra por debajo de mi cama. Va pasando sus dedos por la espalda del somier y pulsa sus alambres como si fuese un arpa. Con su canción metálica administra lentamente el cloroformo.

No me puedo dormir porque es muy fácil que se introduzca entre los sueños rápidos que agitan mis dos órbitas en círculos y allanan el camino a sus carrozas.

Ya está aquí. Huelo la podredumbre de su aliento. Va acercando su hocico a mi entrepierna porque está en celo siempre, como un perro habituado a predecir los días en que ovulo.

Llegas tarde, fantasma de la infancia. Los pájaros comieron las migas de aquel pan que fui dejando por el camino andado para saber volver.

Supe a los doce años que aquel coche tan grande
era un Seat.

–Y con dos apellidos, que son Mil Cuatrocientos.

Verde, como el agua estancada. Y fuimos a estrenarlo.

Hasta esa edad recuerdo pocas cosas pues la memoria era un escenario inexplorado, oculto, únicamente útil para que en él actuasen mis secretos.

Eran mis doce años.

Me enseñó cómo huelen los coches cuando nacen.

–Hay que estar muy atenta porque este instante es único y no se olvida nunca. Este olor primigenio solo escapa el día que su dueño abre sus puertas por primera vez. Solo una vez. Y solo al primer dueño.

Y era cierto. Nunca más lo olvidé. Porque un poco más tarde y también para siempre habría de recordar el clic metálico que hace que se desmayen los respaldos. La frialdad del plástico de las tapicerías pegadas a mi espalda. El olor del tabaco en mi saliva. La presión de unos brazos. El peso de otro cuerpo. La liviandad del mío.

Aprendí el parecido que tienen la goma arábica y el semen. Y su olor, a lejía.

En casa me esperaba otro regalo. La postura correcta para usar el bidé. Me enseñó a hacerlo, y me quedó la impronta de aquella agua caliente corriendo por el

cauce de mis muslos a la vez que mis ojos se perdían en un paisaje azul de baldosines.

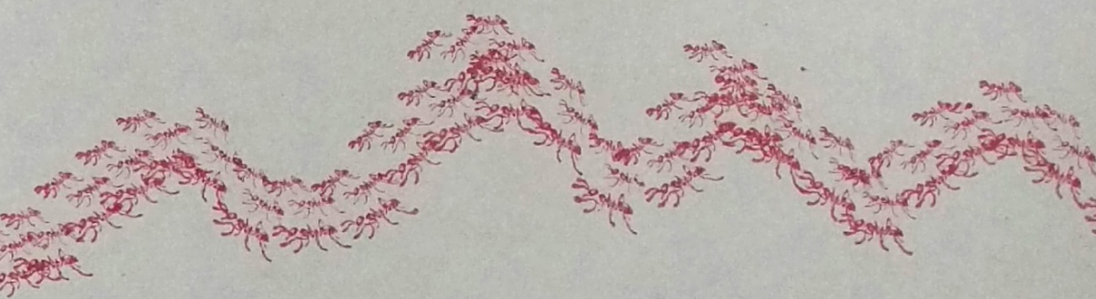
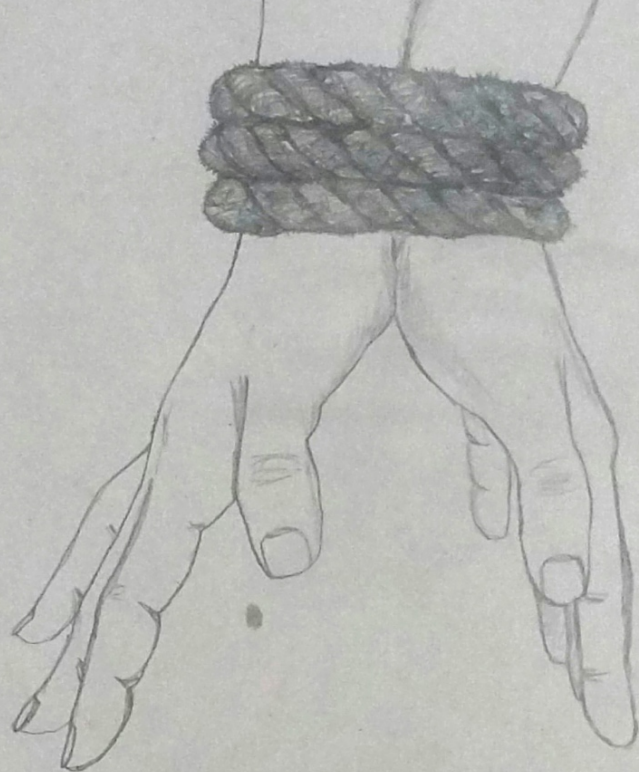
Allí, quieta, escuchando el revuelo del agua mientras era engullida, mientras el sumidero succionaba mis lágrimas, aprendí a recordar.

Aprendí a recordar con las piernas abiertas
mientras contaba doce azulejos en el alicatado.
Doce anillas sujetaban la cortina en la ducha.
Doce veces el cuco abrió su puerta abajo,
en el reloj del comedor.
Doce veces cantó mis doce años.
Doce años cumplí sentada en un desagüe.

Ese fue mi regalo, recordar.
Recordar cómo huelen los cuerpos
cuando se abren en ese instante único.
Recordar el dolor primigenio que se escapa
el día que su dueño abre la puerta por primera vez.
Solo una vez.
Y solo al primer dueño.

La Segunda Palabra:
Padre, por qué me has abandonado.
(Mt. 27,46)

LA DOBLE QUEMADURA



La mentira.

Es la única puerta que no encuentro cerrada.

Fingir.

Que él crea que ya estoy sometida a su devastación, que acepto que legisle en los rincones del sótano donde escondí el cerebro.

En esta lucha diaria no me está permitido el armisticio, solo la abdicación. No necesita nada más de mí, ni espera nada, y yo no dejo estela por si quiere seguirme al territorio que él aún no controla.

Miro, pienso, me muevo y ni una huella delatará ninguno de mis actos.
Le engaño hasta con el aliento de mis respiraciones.

La mentira.

Es el único tránsito que puedo permitirme.
Si quedase esperanza, emoción o recuerdo, han de observar el mundo desde mi negro burka, por detrás de su angosta celosía.

A él ni mirarle a los ojos.
Cavar más. Entresacar un círculo más hondo en el vacío.
Sepultarme.
Dejar de respirar para que el vaho

del aliento no me denuncie al frío o a la noche.
Que él y sus espías crean que he muerto.
Que yo crea que he muerto.

He aprendido a amansar sus estampidas
construyendo en mi cuerpo dos Aurelias idénticas.
Amordacé el cristal de sus pezuñas
y vendé sus aristas con un trozo de felpa.
Dividiéndome conseguí confundir su trayectoria.
Soy como los redobles de ese tambor que aspira
los latidos del eco para tener más ímpetu
en el próximo golpe.

Ahora, entre las dos que soy, ya podemos colocar su
discurso entre las manos e imprimir en su tráquea mis
huellas dactilares.

Disfruto viendo cómo convulsionan sus lamentos
ahogados. Cómo sus ojos buscan mis esferas para poner
los huevos e incubar sus retoños de memoria.

Ya es inútil.

Él vuelve a poner en juego a sus espectros.
Pululan por mis límites con el cuello desnudo.
Pero ignoran que, al duplicar mis manos,
es tan fácil tirar de los extremos
del nylon que he anudado en su garganta...

Inician su estampida. Patalean colgados sobre el aire.

No redoblan.

Silencio.

Así la realidad se manifiesta:
subproductos, chispazos que iluminan el vacío.

Separados del cuerpo, los sueños abortados
restallan en el aire como un cable mojado.

Cuanto más ensanchábamos los huecos de los ojos

intentando abarcar todas las sombras
que ambas proyectábamos,
más noche se metía en sus esclusas.
Decidimos delimitar su territorio.
En la tierra marcábamos
una circunferencia con un palo.
Ese foso hacía nuestro mundo más fiable
y mantenía extramuros las verdades
que, colocadas dentro, abombaban el círculo.
La realidad siempre acecha con sus sombras
para tomar venganza de cualquier ilusión
que se aventure más allá de la frente o de los labios.
Y como lo sabíamos no compartíamos nada.
Nos mirábamos.
Mis esferas entrando en sus anillos
como huecos concéntricos y ambas
súbditas de una sutil circunferencia.

Vigilantes.

Siamesas del rencor
y la sospecha.

Aunque el viento sembraba en nuestros ojos
sus murmullos de polvo y llenaba las cuencas
de aquel foso excavado, en cada pestaño
limpiábamos las dos nuestras fronteras,
e ingenuas y tozudas marcábamos la tierra
otra vez con el mismo fervor del primer trazo.

Más allá del cansancio

y su progeñe,
con la boca cerrada,
con los ojos abiertos
y ulcerados,

más acá del instante
que no acepta
que se pueda
vivir sin consecuencias

aprendimos,
en aquel territorio
encerrado en un círculo
cada vez con un
diámetro
más corto,

a ir dividiendo
a la mitad exacta
la mitad
que quedó
la última
vez.

Y así, un día tras otro,
intentando sin éxito
descubrir cuál era el agujero
por el que aún el golpe
seguía entrando.

se convierte en el sólido argumento
del martillo que parte mi cabeza
en trozos transitables.

por donde cruzo a la otra orilla
para verme de lejos a mí misma
cruzando hasta mi orilla.

Nos negamos a ser reconocibles.
Armadas de soberbia
entramos una en otra
igual que quien embiste
una leve corriente
de aire frío.

Sabemos de repente
que en ninguna
de las dos
quedan orillas.

Nunca tuve razones para habitar mis sueños

porque aprendí de niña, como el agua,
a rellenar los huecos
del cuenco en que me echasen.

Ocupé sus volúmenes sin preguntar cuál era
el radio de los brazos.
Como agua fui dejándome
discurrir por sus cauces
hasta que, evaporada, perdí toda memoria
y acomodé mi vida al ciclo recurrente
de las transmigraciones.

Como el agua fui sólida
en el abrazo frío,
fui líquida en los ojos,
fui ese vaho invisible
que abandona los cuerpos
para no amamantar a la memoria.

Guardé para más tarde
lo que habría de llegar de todos modos
prolongando la vida de lo estéril.
Es la única vida entre las vidas
digna de ser amada y prolongable.
No me importaba cuál fuera el destino
porque nunca hay destino
en la luz reflejada.

Solía escarbar la tierra con un palo

como al dictado de otras huellas
o surcos ya borrados.

Yo aún no lo sabía,
ya quedaba muy poco
que pudiera hacer fuera de mí misma.
Saboreé la química del miedo.
Llené de combustible
mis inútiles alas.
Con cada ilusión nueva que añadí a la existencia
un clavo entró hasta el fondo del madero
de la cruz que refuerza mi condena.

Pero un día, fingiendo que jugábamos,
él ensartó mis ojos con la punta del palo.
—*Tú ya no necesitas percepciones lejanas.*

Desde entonces solo veo lo que él me señala.
Solo existe el delante,
no hay espalda
ni márgenes.
Soy la prolongación de sus dos brazos.
—*¿Lo ves? —dice—. ¿Lo ves? Así es más fácil.*
Y presiona con fuerza contra el suelo
para que vea sus trazos,
pero las huellas de mis ojos abiertos
siguen sin marcarse.

—*¿Lo ves? ¿Lo ves ahora?*
Y aprieta más que antes.

No sé si es dentro o fuera.
No sé si lo que veo son surcos
o son cauces,
carreteras pintadas en un mapa...
o son sencillamente las heridas
que producen las piedras en mi córnea.

No hay detrás
y no hay márgenes.
No distingo el camino que me marca
pero sigue dibujando con más fuerza
sobre el suelo sus nuevos jeroglíficos.

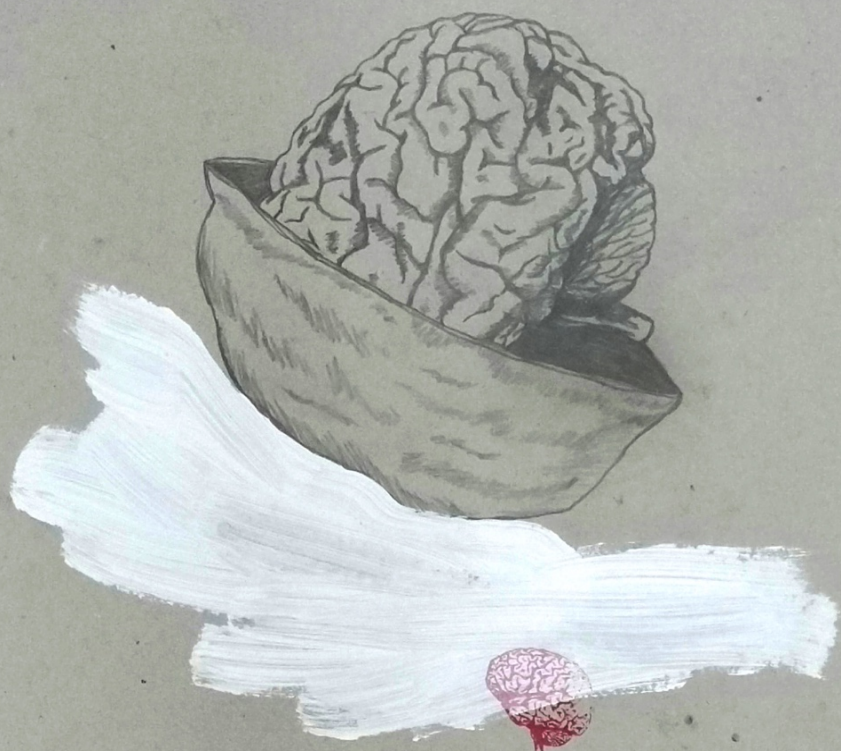
Con mis ojos escribe mi destino.

Y yo, de tanto mirar solo en línea recta
ya no sé quién es él
ni adónde vamos.

—*¡Lo ves? Dime. ¡Lo ves?*— Sigue gritándome.

La Tercera Palabra:
Hoy estarás conmigo en el paraíso.
(Luc. 23,43)

LAPIDACIÓN



Pero un día, de pronto, me atraganté de tanto masticar el silencio. El olor de ese coche que golpeaba mi boca cuando abría la puerta; el rito innecesario de aquella carretera con su hipnótica espina dorsal fosforescente; el tictac taladrante de los intermitentes; los baches del desvío que me lleva hasta el fondo de su boca; la respiración cómplice de aquel coche varado; su aliento a gasolina; sus manos, sus manos que arrugaban mi vestido y siempre aquellos faros desgajando a la noche sus dos círculos.

Se me hizo insoportable su deseo y el olor, aquel olor, su olor inaprensible que salía por mis células y no sabía la fórmula para disimularlo.

Ni el agua, ni la esponja, ni el perfume,
ni el sueño, ni la náusea, ni el olvido
podían disipar esas caricias
que me envolvían con su aceite espeso.

Nunca supe espantar los pensamientos
que inevitablemente terminaban en él.
Eran como resina y al intentar quitarla
me iba embadurnando,
se pegaba a mis manos y la distribuía
con la misma obsesión que usaba en desprenderla.

Decir no, no bastaba.
Ni pronunciar su nombre varias veces
para seguir negando.

Tantas veces lo dije... tantas, tantas...
que sus letras se fueron diluyendo entre las dos salivas,
y las sílabas se hicieron inaudibles
y el nombre que vivía chocando entre mis dientes
se ancló entre mis encías y se hizo inexpresable.

Las aristas, las espinas, los ganchos
de sus tres consonantes y sus cuatro vocales
clavadas en mi lengua
hacían que me ahogara
al masticar la sangre del silencio.

Me vi. Me vi alejarme. Grité:

—¡Aurelia! ¡Aurelia!

Me gritaba a mí misma pero yo no me oía.

Vi mi cuerpo delgado correr sobre mis piernas.

Oí su soniquete. Aquel repiqueteo en las hebillas
de los zapatos nuevos fue la banda sonora.

Si hubiese habido un cielo que colorease en rojo el horizonte e hiciese el contraluz de mi figura, y el camino, perdiéndose sobre una loma oscura, diera paso al reparto para que al fin supiera quién dirige esta vida...

Pero no era el *The end*. Era el principio.

Se me arrugó el silencio
al descubrir la escena a donde huía.

Fue una piedra. No yo.

Fueron dos piedras.

El coche quedó abierto.

Él me seguía.

Yo solo vi que el coche estaba abierto,
los faros encendidos.

Fue una piedra.

No. Dos.

Fueron dos piedras.

Él me seguía.

Se lo había dicho:

—*¡Basta! ¡Basta!*

Tres veces dije *¡basta!*

pero buscaba mi lengua con su aliento
que olía a combustible.

Salí del coche. Dije:

—*¡No habrá más! ¡Nunca más!*

Yo acumulaba fuerzas.

—*Es de noche* —decía—, *hay que volver, Aurelia.*

¡Aurelia! ¡Aurelia!

Pronunciaba mi nombre con la mano extendida como si
fuese yo quien iba en unos instantes a caerse.

Me seguía. Miré hacia atrás.

Vi las puertas abiertas,

los faros encendidos.

Una piedra hizo un surco en la noche,
otro en su frente.

No. Dos.

Fueron dos piedras.
Fue la otra, no yo,
la que estaba esperándole.
La que abrazó su cráneo por la espalda
cuando cayó
con los faros abiertos,
las puertas encendidas.

Sintió una mordedura, un estilete, un nudo corredizo estrangulando el tráfico en su arteria.

Abrió mucho los ojos y la boca.
Giró sobre sí mismo en un instante
los ciento ochenta grados que allí necesitaba para verla.

Fue la primera vez, en toda su simétrica existencia,
que la miró de frente y ni siquiera así le vio los ojos.

Ella continuaba con sus burlas desde su fondo oscuro.
Imitaba los ángulos,
las formas de sus desmadejados aspavientos
mientras se iba cerrando la bisagra
que los unía desde que nacieron.

Cayó sobre su sombra con su cuerpo,
pero ella, esta vez, mientras se hacían idénticos,
al desaparecer,
le dio la espalda.

Es él quien me dirige.

¿Ir

o

volver?

Enredarme los pies conmigo misma
y tropezar con todas mis carcasas.

Me arrodillo.

Adoro esta apariencia compulsiva.

Obedezco.

Es él quien me dirige.

Creo que así armonizo lo inestable
mientras me dejo llevar por la corriente.
Sigo sus huellas aunque todas coincidan
en ir señalizando caminos divergentes

que acaban en el mismo
de una forma implacable.
Y los camino todos.

Encuentro en cada uno sus múltiples cadáveres
y para comprenderlos
examino muy detenidamente su intestino.
Hago su autopsia.
Troceo su vacío y ordeno los pedazos
en líneas paralelas
para evitar que puedan encontrarse,
pero encuentro
que un extraño designio

los sigue convocando,
los reúne,
los hace circulares nuevamente
para seguir volviendo.

Borro todo lo andado
y recojo el polvillo
que flota sobre el aire
después de cada huella que sepulto.
Disgrego las cenizas.

Las esparzo.

Yo no sé discutir con los cadáveres.
Yo no soy más que cuerpo
que se hereda a sí mismo.
Una piel de culebra
que, cuando la abandono,

me persigue.

Es él quien me persigue.

Todas las que ya no soy buscan su sitio,
pero ni siquiera con mi propia piel las reconozco.
Ni con su propia piel se reconocen.

Para qué discutir con los cadáveres.

Soy una res del tiempo.
Él es mi buen pastor.
Nada me falta.

Caminé. Caminé.

Recogí los guijarros de todos los caminos
para no dejar huellas. Uno a uno.

Cada vez que doblaba mi cintura y la ponía derecha
con una nueva piedra entre las manos,
crujía una vértebra en mi espalda.
La piedra que dejaba caer sobre las otras
hacía el ruido sordo del metrónomo.

Otro segundo más, un fruto recogido que se pudre
y que deja un círculo de óxido
señalizando, como la sangre seca, mi regazo.

La Cuarta Palabra:

Tengo sed.

(Jn. 19,28)

*Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia,
porque ellos serán saciados.*

(Mt. 5,6)

EL SANEDRÍN



Su nombre se me hizo intolerable.

Incluso en el final,
cuando agarró la muerte sus dos brazos
y recordé, y repasé, hice el cómputo.

Incluso en ese instante
en el que las zarzas que abrazaban mi estómago
se aflojaron al contraluz de aquellos
dos faros encendidos;
incluso en esa tregua, mientras estaba viendo
cómo el cráneo se le iba vaciando
igual que un odre de vino,
y sus ojos, que no comprendían nada,
se anclaban en lo alto de la noche
y desde allí llamaban.

Me llamaban.

Incluso en lo insondable de esa casual victoria,
aunque busqué sus letras ahogadas en saliva
e indagaba en mi oído el eco de sus sílabas,
su nombre se me hacía impronunciable.

Yo solo oía el motor de aquel coche
con sus puertas abiertas,

con sus faros abiertos,

obscenamente abiertos y mirándome
y sus intermitentes alternativamente

llamándome

Aurelia

Aurelia

Aurelia

llamándome

Aurelia

Aurelia

Aurelia

No puedo recordarlo. Aunque lo intente.
Aunque obsesivamente repitiera
cada uno de los tránsitos
que sus manos señalaron en mí.
Aunque aquel Seat que tenía *Mil Cuatrocientos*
apellidos, con sus dos círculos perfectos de luz
metidos hasta el fondo de mis ojos, lo alumbrasen,
no podría ver su cara.

No podría, aunque cargase
el recuerdo con pólvora de aquellos días extraños.
Ni aunque abrazase con el dedo índice
la curva del gatillo
podría su bala abrirse camino en mis entrañas.

Del lugar del que los dos venimos
apenas conservamos el eco de los látigos
que grabaron en mi memoria
sus estigmas.

Y... ¿por qué digo dos?
¿Quién, a excepción de mí, nos ha contado?

Nadie mejor que yo sabe de qué manera
se dividen los cuerpos,
se mutilan
sin separar los trozos.
Únicamente yo
conozco ese paisaje.

Pero ni una de mis células conserva la memoria
de ningún otro estado.

La materia se pierde en cada sílaba.

La energía se agota en cada golpe.

Permanece el estigma.

Es él
el que me avala.

Odiar o ser amada.

Gritar o ser vencida.

Callar y ser amada.

Amar y ser vencida.

Odié.

Grité.

Callé.

Amé.

Fui amada

y fui vencida.

Todos los caminos fueron a dar al mismo.

El único camino por el que pude o supe

andar para seguir sobreviviendo

a todas esas sombras levantadas

después de cada huella de mis pasos.

Y cuanto más corría, más se alzaban.

Más deprisa pisaba mis talones un pasado

que a veces confundía sus bordes con mis límites.

Esa fue la batalla que libré día a día

siempre contra mí misma.

Perseguía mi sombra dando vueltas en círculos.

Dando vueltas, y vueltas,

girando sobre un torno de alfarero

estrangulé mi cuello y dilaté mi vientre

hasta dejarlo hinchado, hueco, vacío,

igual que una vasija que se agrieta en el horno
incapaz de aceptar las caricias del fuego.

Odiar y ser amada.

Callar y ser vencida.

Ahora yo he vencido.

Soy un mundo perfecto, reflejado,
soy la capa de azogue que transforma
la frontera del vidrio en un espejo.

Duplico mi binomio, mi vacío. Dos en una.

Cada una perforándose más,
yéndose al fondo, sabiendo que cada una de las dos
y todas las demás que decididamente he ido anulando
también hoy son la misma:

una muñeca rusa que va quitando
 cáscaras
 y cáscaras
 y cáscaras,

hasta llegar al centro.

Hasta la nada.

Quizá os sea más fácil aceptar el silencio

que tener que asumir que la cordura
es capaz de habitar en los misterios
de ese lóbrego sótano donde forja el deseo
sus rotos desvaríos.

Sé quién era ese hombre, aunque no sea posible
que abandonen mis labios las letras de su nombre.

Qué importa que no afirme ni que niegue
y que no me defienda de las acusaciones
si ya visteis mis manos
y mis ojos ya vieron sus ojos alejarse.

Preguntadle al asfalto del camino
por qué lo llevó allí.
Interrogad a aquellas dos esferas
de luz que vieron todo.
A la piedra y a su exacta parábola,
a la otra que esperaba en el suelo
para morder por dentro su cabeza.

Preguntadle a sus piernas por qué se doblegaron.
A su cráneo, por qué entreabrió sus pétalos
en mitad de la noche.

Por mí habla el eructo del silencio
porque tragué silencio hasta la asfixia.

Soy Creusa y soy Casandra,

violada por un dios y no creída.
Si eso me hace culpable es preferible
que pongáis más empeño en engendrar silencio
en vez de hijas.

A pesar de la guerra continua que me esquilma,
por culpa de esta diaria
autopsia del cerebro

está naciendo en mí
un ser deforme.

Esqueje que enraíza sobre la podredumbre
de tanta negación.

Tengo entre mis dos piernas el estigma
que señala los cuerpos inconcretos.
Lo que una creación apresurada
no supo cincelar
es lo que queda.

Soy mi hermana,
mi amante,
mi violador,
mi juez,
mi policía,
soy el macho perfecto
que yace con los hombres
para perpetuar la estirpe de los héroes.

Soy mujer.
Soy mi Dios.
Yo soy mi padre.

¡Y me juzgáis vosotros!,
los fecundos e indignos infraseres.

La Quinta Palabra:
Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen.
(Luc. 23,34)

LENGUAS DE FUEGO



El control sistemático,
la obsesión exhaustiva,

no permitir
el mínimo
intersticio

donde pueda medrar

la incertidumbre.

No dejar ni un segundo
con holgura.

Sorda a cualquier placer,

negándome

solo para encontrar
fulgor en la ceguera.

Amenazada siempre,

vivo alerta.

Es mi único principio.

Habito en vuestra guerra

y toda mi estrategia defensiva

es la aniquilación total de la evidencia,

la nítida ablación de la cordura.

Cuando por fin quitáis los electrodos,
y me lleváis de nuevo hasta la celda
mi cuerpo es un paisaje enfermo de despojos,
la pestilencia de otro sueño quemado
bajo látigo eléctrico
de un ser incuestionable.
Su luz produce sombras que me engañan.
Su luz me desdibuja,
corrige el horizonte de mi cuerpo,
reverbero en su escenario hiriente
como un ánima en tránsito
y en su materia oscura fructifica
la inconsciencia del último disparo.

Suspendida en el aire,

lo mismo que los faros de aquel coche
cuando escarbaba un pozo entre la niebla,
solo deja que observe, sin colores,
como una foto antigua,
lo que aún queda de mí.

Andar por esa mente troceada
recogiendo jirones de mí misma
es como practicar mi propia autopsia.

Bisturíes de luz
arrancan al recuerdo
las entrañas.

Ahora si algún rastro consigue
traspasar la frontera del pasado,

es un mordisco,
es un temblor,
chispazos

que recorren mis células
y en el cerebro instauran
el reinado de su cortocircuito.

Es una llama fría

que derrite el barniz de la memoria.
Nunca me hace reproches
mientras bebo sus luces.
Solo después actúa,
cuando ya me he saciado con su brillo.
Entonces, una embriaguez etérea
se instala en el vacío de mi cerebro
y deja chamuscados los hilos que sostienen
mi precario equilibrio.

Otra vez trago sombras.
Son hijas de los faros de aquel coche.
Enmarcan sus paisajes circulares.
Brotan sueños quemados del asfalto

y sus flores
tienen la pestilencia

que emana del trallazo de su látigo.

Las heridas abiertas enseñan a la noche
cómo parir estrellas afiladas.

El silencio que precede a los golpes

y regresa tras ellos
vive en el firmamento de los electrodos.
Sobre las esculpidas lumbalgias del disparo
la brillantez interna de un cerebro
iluminado igual que una galaxia.

Cada nueva descarga
restaura el palimpsesto de la huella
y en lo que ya no está
se afianza la zozobra.

Soy una estatua humana
que no gime,
un ser de piedra
con la voz esculpida,
la clonación de un síntoma,
una forma de vida delegada
aún sin encarnar.
Soy la rehén de un mundo
que no admite reforma.

He fracasado.

Los vasos se suicidan desde las alacenas.
Otro sudario vuelve a los armarios.

Cada vez que me observo reflejada,
compruebo que el pasado
ocurre inexorablemente en el espejo.
—*¿Por qué me estás mirando?* —, se escucha desde
dentro del azogue.

Un rayo de esplendor incendia el frío.
Una tristeza antigua duerme en cada célula.
Los hijos de los muertos
se arremolinan dentro del espejo.

Les llamo,
pero escucho la voz que viene de esa luna
diciendo a cada uno por su nombre:
—*Tú no puedes salir.*
Ese ya no es tu sitio.
¡Atrás!
Allí no queda nada que podáis llevaros.

Y desde fuera arrojo al interior unas semillas
que ellos y yo ignoramos qué fruto nos traerán.

Detrás de cada ojo brillan las ilusiones
de un ser intrascendente,
una prolongación virtual de lo que no se muestra
en la conciencia.

Un haz de hijos
que se construye en los espejos cóncavos
se retuercen el cuello mutuamente

y vértebras bifrontes
ansían ser a la vez

—¿Por qué me estás mirando? —me preguntan desde dentro del azogue.

La realidad sucede en el espejo.
Invoco a cada uno por su nombre.
Pero ellos se ocultan
y dejan ante mí

un vacío innumerable.

Soy huella de otras huellas malogradas.
Se aviva el infortunio y se rebosa
y así van siendo nuevos mis recuerdos
-durante una milésima de instante-
cada vez que se impregnan de sí mismos
en el reflejo de su anomalía.

Apresada por las cicatrices de su incertidumbre,
la niña que me mira llora a solas
al fondo del espejo.

Al fondo,

Allá,

donde ni siquiera puedo señalarla.

Hay una incoherencia en el espacio,

una noción de *afuera*
que se extiende

en todo lo que miro.

Aquello que se sabe descubierto
se escinde ante los ojos
en una mutación desorbitada.

En su inocencia,
los miembros amputados
que tratan de agarrarse
a lo vertiginoso
del descrédito
no sirven.
Ya no sirven.
Lo saben,
pero aprenden

que no queda ninguna retirada,
que su transformación ha sido en vano:
cada fragmento inédito
nace con el pecado del olvido.

La interminable
división
de esas mitades

se agita en un sepulcro
donde ya no es posible
afianzar el perfil
de ningún otro cuerpo.
Sin el conocimiento de su forma

podrán imaginar un mundo nuevo.

Un mal dios debe ser el que consiente
que este fervor proceda de la estéril
y cruel segregación de mis desgarros.

El vuelo de las aves
esparce las cenizas
de unas fosas comunes
saturadas de seres mutilados.

Como yo fui una luz

tuve por nombre Aurelia.

Pero en cada negación,

en cada olvido,

de tanto ir y venir

sobre ningún camino,

queda un regusto amargo

que embrida la existencia

y la hace oscura.

Sin embargo, hay veces que la vida

posee la brevísima épica del rayo,

y yo aprendí a vivirla tan instantáneamente

que no pude grabarla en mi retina.

La hice deletable

y rápida,

lo mismo que las sombras

que escupen los objetos asustados

cuando en la noche enseña su bisturí

el relámpago.

Ahora yo solo soy la oscuridad.

El brevísimo eco

de un resplandor pisado.

Soy lo que la luz decida

*hacer conmigo.*³

³ Versos del poema "Oscuridad", de Rolando Revagliatti

A mí, que fui una luz,
la luz me mata.

Se va escurriendo por el vientre enrejado
de los fluorescentes.
Llega hasta mí ya vieja,
desgastada,
se adhiere sobre el cuerpo,
lo envuelve con su niebla.
Administra su cruel procedimiento
de una manera tan imperceptible que consigue
que dure igual la vida que la muerte.
Su presión cenital
hace que al fin se vuelva insoportable
cualquier supervivencia.

Lo que más me despieza es
lo homogéneo,
lo intercambiable,
exacto,
predecible,
este conocimiento refrendado
en los sesenta milimétricos segundos
que escrupulosamente duran los minutos.
Esta muerte perfecta,
observada microscópicamente,
repartida en minúsculos retales de tristeza,
me va descuartizando.
Pero ya no hay dolor.
No hay herida visible.

No hay convulsión.
No hay queja.
Solo un vacío

que busca agigantarse.

Prefería vuestra brutalidad,
vuestro trallazo eléctrico,
aún era capaz mi carne de expresarlo.
Pero ahora no existe

ni otro espacio
ni otro tiempo
distinto

al que me dais.
Todos mis actos son representaciones,
ejecuciones públicas
bajo esta silenciosa
y permanente luz anestesiada.

A través de esta garganta enronquecida
solidifica el aire que respiro.
Escupo el desperdicio
de mis propias palabras,
pero igual que cemento encarroñado
se agarra a los anillos de mi tráquea.
Desde dentro hacia fuera
se empeña en tabicarme.
No pensé que mi tumba fuese esto.
Ni siquiera cadáver
habré de durar tanto.

La Sexta Palabra:
Todo está consumado.
(Jn. 19,30)

DAMNATIO MEMORIAE



Y todo porque un día no quise abrir los ojos
y quemar la retina con sus ascuas,
regresa de puntillas la emergencia
de una infancia que, muerta en mi interior,
conserva aún retales de memoria.

En esa recurrencia del fantasma
de un sueño ajusticiado, crece una vida seca.

Da sus frutos.

Semillas que maduran a expensas de mí misma
y son una cosecha
que no puedo volver a recoger
sin desgarrar mis dedos
contra la terquedad de sus espinas.

Desde la misma piel de su memoria,

dentro de las celdillas

del ojo del insecto

que no acierto a matar,

en las rendijas

del gozne

de la puerta,

desde los orificios

que hace el moho

en las migas del pan,

desde las conjeturas

que forman las baldosas

para diferenciarse,

desde el área simétrica

de todas las baldosas

que no ha sabido hallar

su diferencia

y en su igualdad idéntica

encontraron

la vida

y a la vez también

la muerte.

En el filo de cada sombra

sin volumen.

En la arista de cada luz

sin esperanza.

Debajo de mis uñas

cuando miro las manos.

Detrás de las esquinas

que se forman

entre cada palabra

que imagino.

Está difuminado entre mi aliento,
en su niebla pausada,
entre los intersticios de mi amnesia.
Desde los pedregales de mi sueño

me observa,
me vigila,
acecha mis ideas.
Es tan omnipresente

que incluso cuando tenso
el arco del olvido
la punta de la flecha
se fija en mis entrañas.

Es tan omnipresente
que dentro de mi ser engendro sus pupilas
como dos microscopios que velan mi delirio.

Mis ojos se desbordan
con esta indefensión que sabe declinarse
en todos los lenguajes,
y hundidos en el barro de la pesadumbre
avanzan como soldados muertos,
cargan con sus inútiles enseres,
pertrechos herrumbrosos de una guerra perdida
que no pudo librar ni una batalla.
Calados de orfandad escuchan mis lamentos:
*¡Ay, quién tuviera el corazón de la colmena!*⁴

⁴ *Quién tuviera el corazón de la colmena* es un verso del libro "Sino a quien conmigo va", de Rafael Escobar Sánchez.

Miro hacia atrás

y distingo mis pasos en la tierra.

Todos están ahí.

Veo sus huellas,

pero no puedo andar en lo inmutable.

Solo puedo mirar lo que ya he visto.

Y aunque tengo las claves,

no para desdecirme,

ni revivir,

ni hacer reparaciones al pasado,

sino para borrar las referencias,

solo se me permite contemplar la distancia.

Ver todas las carcasas

de cada cuerpo que he ido abandonando.

No busco la certeza.

Quiero no recordar.

Ser, en el tiempo que me quede, nueva.

El universo y cuanto en él habita es artificio.

Todas las existencias son extremos de cuerdas

que conservan en los nudos deshechos

la sustancial razón que las desdice.

Reproducen un tránsito.

Van del cosmos al caos

y cuando llegan

descubren que la vida era un eructo

de tiempo,

casi nada,

suficiente

para tener nostalgia de sí misma

y lanzar sus anzuelos
hacia un pozo habitado
por famélicos peces.

Estoy aquí.

Aquellos que no pude transitar
son los caminos de otras vidas distintas
que es posible que estén, como yo ahora,
con la cabeza vuelta hacia el pasado
constatando que mirar hacia atrás
es como un ancla
que nos fija en el centro

de la nada.

Rebusco en cada átomo

varado sobre el fango de mi infancia
para intentar saber bajo qué forma
se disfrazan las claves del retorno,
las llaves
de esa ambigua apariencia
que dentro de mi mente se baraja
y cambia de lugar
con rapidez de naípe.

Pero no puedo predecir en dónde
se encuentra el comodín que estoy buscando.
El que al final resuelve el solitario
que juegan a la vez,
y con las mismas cartas,
dos personas distintas
que hacen trampas.

Esto en lo que me han convertido

me rechaza.

Se manifiesta un límite delante
de todo lo conciso,

en la memoria del vacío
un epicentro.

Pero no hay forma de medir esa distancia,
se mantiene como profundidad inexplorable
y cuanto más me acerco

más lejos sus confines.

Un fragmento
en el fervor
de otro fragmento,

una realidad atormentada,
la impronta de un vacío
que al fondo del vacío

reverbera.

Soy el eco de un golpe
y es mi propio cadáver quien ocupa mi cuerpo.
Soy en la imperfección aún más precisa.
Con la hoz de la interrogación se despedaza el todo.

Recolectado el grano de la duda,
las espigas cortadas no recuerdan
su posición exacta en el sembrado.

Rezo
para que el pájaro cuelgue de la horca.

Ya rueda la espiral, se cumple el ciclo.
El mundo vuelve a ser lo inanimado.
Regreso a los desvanes de mi mente
a coser telarañas para cazar los sueños
que vuelan aturdidos en la noche,
a contar cuentos tristes a los ángeles
para que se me duerman
y no crucen las calles.

No me duelen aquellos que no dejé volar
cuando arranqué sus plumas una a una
y desmembré sus alas aún en vida.

Fue por su bien. Lo sé. Me lo agradecen.

Mudos.
Ciegos.
Sin alas.
Ahora ya están a salvo.

Camino hacia el pasado

donde se encuentra la sombra
de mi sombra.

Las manos extendidas predican el tropiezo.

En el pozo

descifro con los dedos el cemento.

Como una ciega leo sus indicios:

lápidas donde yacen los restos de otras luces

más antiguas que yo

y sus sombras

se posan en mis manos.

Se manchan con aquella incertidumbre

que sigue suspendida en el espacio.

Luz que quedó atrapada

al cerrar las cortinas de mi cuarto.

Camino hacia la infancia para verme.

Palpo esta oscuridad

por si descubro mi cuerpecillo débil,

desteñido, entre aquel otro tiempo estabulado

que goteaba ceniza por la frente

cuando yo lo dejé.

Busco la sombra que se quedó escondida

detrás de las cortinas por si aún está esperando

que me acerque hasta ella

para llevarla a ese lugar mejor

que prometí encontrarle.

Porque le dije al despedirme que buscaría los dedos

que abriesen los cerrojos de su jaula,
que le traería la lluvia
que apagase el incendio de sus alas.

Que iba a volver,
le dije,
pero ya no sé cómo.

Ella todavía ignora que ha sido traicionada.
Sus alas
y las mías
nos fueron confiscadas.
Como todos los ángeles
que un día planearon su partida
tuvimos que extender unas plumas de yeso
para surcar un tiempo que era líquido.

Y nos hundimos.

Ahora ya no distingo el camino de vuelta.
Se erosionan las palmas de mis manos
de palpar en lo oscuro y, al mirarlas,
me reflejan y es negro
el recuerdo que viaja en la retina.

Todo se ensucia debajo de mis párpados.
Las brillantes partículas
que robé a las noches de mi infancia
se traducen a un lenguaje de hollines
que obstruye el sumidero de mis ojos.

Nieve negra sobre un silencio agudo
para ocultar las huellas del regreso.

Silencio...

En él quema sus alas aquella pobre niña
igual que una polilla que se estrella
una y otra vez contra la lámpara,
timada por el brillo
de una luz que solo busca calcinarla.

La Séptima Palabra:
Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.
(Lc. 23,46)

RENDICIÓN SIN REDENCIÓN



He llegado hasta aquí y soy ante mis ojos
la materia que rellena los huecos de mi lástima.

Doy gracias, al final, frente al espejo,
de haber permanecido a oscuras tantos años.

Ahora, sin darme cuenta, se ha encendido otra luz.
Un Polifemo grita y me mira a los ojos
y no encuentro respuesta
a sus desmadejados aspavientos.

Se detiene ante mí.
Señala con su índice la mitad de su frente.
Los círculos concéntricos que nacen de ese impacto
agigantan sus diámetros. Huyen hacia los bordes.
En la circunferencia de esa orilla, una tras otra,
van a morir las olas de sus lágrimas.

Por fin lo reconozco.
Este es el útero que fabrica las sombras
en las gotas de agua, el que enjaula las luces
en la sutil membrana que separa del aire
a esas gotas de agua.

Por fin me reconoce.
Sobre el mercurio de su cristalino
mis ojos ven mis ojos reflejándose.
Ven la expresión de asombro en la mirada
inocente de un perro atropellado.

Mientras caen ríe
ríe

con la provocación de quien decide
apostatar por fin del equilibrio.
No hay consuelo en el aire ni en la tierra.
–*Confíesate* –me dicen las voces del espejo.
–*¡A quién le habláis?* –les digo, pero nadie responde.
Sueños tullidos se imaginan con alas
mientras crecen los páramos en la tumba de un niño.
No saben que los sueños se entierran con sus alas
plegadas en los féretros.

Fogonazos con sombras alargadas
imponen su verdad en la memoria
de unos cuerpos inertes y amputados.
La sangre... discontinua.
Su certeza... expandida.
La gota ha decidido
que ha de seguir perdiendo el equilibrio.
Arde el soplete sobre las soldaduras.
Remienda el esqueleto de unas aves
que partieron las vértebras
contra la superficie del espejo.
Y dentro del espejo
los fontaneros de la ontología

ríen,
ríen

mientras fuera la bulímica lógica
que aviva el crematorio me susurra:
–*Tu final será su desescombros.*

No matarás.

No matarás.

Esa frase me salva.

Y la vida se empapa de veneno
en la caída.

Pero si me perdono me condeno.

¡Ah, tú, cómo engordas cebándote en mi duda!

No matarás,

repite ese sermón en el que ya no creo
mientras practico un doble asesinato.

Otra vez el dolor se hace más fuerte.

Se atrinchera en el miedo

a no ser muy precisa con el primer golpe.

Y esa otra que ocupa mi organismo

sale a amamantarse

a través de mis ojos.

Se come las plegarias

de un dios sobrevenido.

Para ella soy un material tosco

al que es preciso domesticar con fraguas,

el alimento de los eslabones

de una muerta que vive en rebeldía.

Todo está consumado.

No puede haber condena más perpetua
que darle de mamar a los recuerdos.
Cualquier otra justicia es de este mundo
y a mí ya no me alcanza porque hace mucho tiempo
que habito en la ceniza de una estrella apagada.

Nunca habrá redención,
pues no es culpa del pájaro si se estrella su cuerpo
contra el ficticio resplandor de una ventana.
Su fantasma seguirá volando indiferente
a todos los cristales que prometen un cielo
que no existe.

Un mundo reflejado
que se aleja a su espalda
cuanto más aletea.

Un fantasma que ahora
ya puede traspasarlos.

Todo está consumado

y sé que es imposible
apartar de mí el cáliz
aunque haya bebido
hasta el poso ilegible de su desvarío.

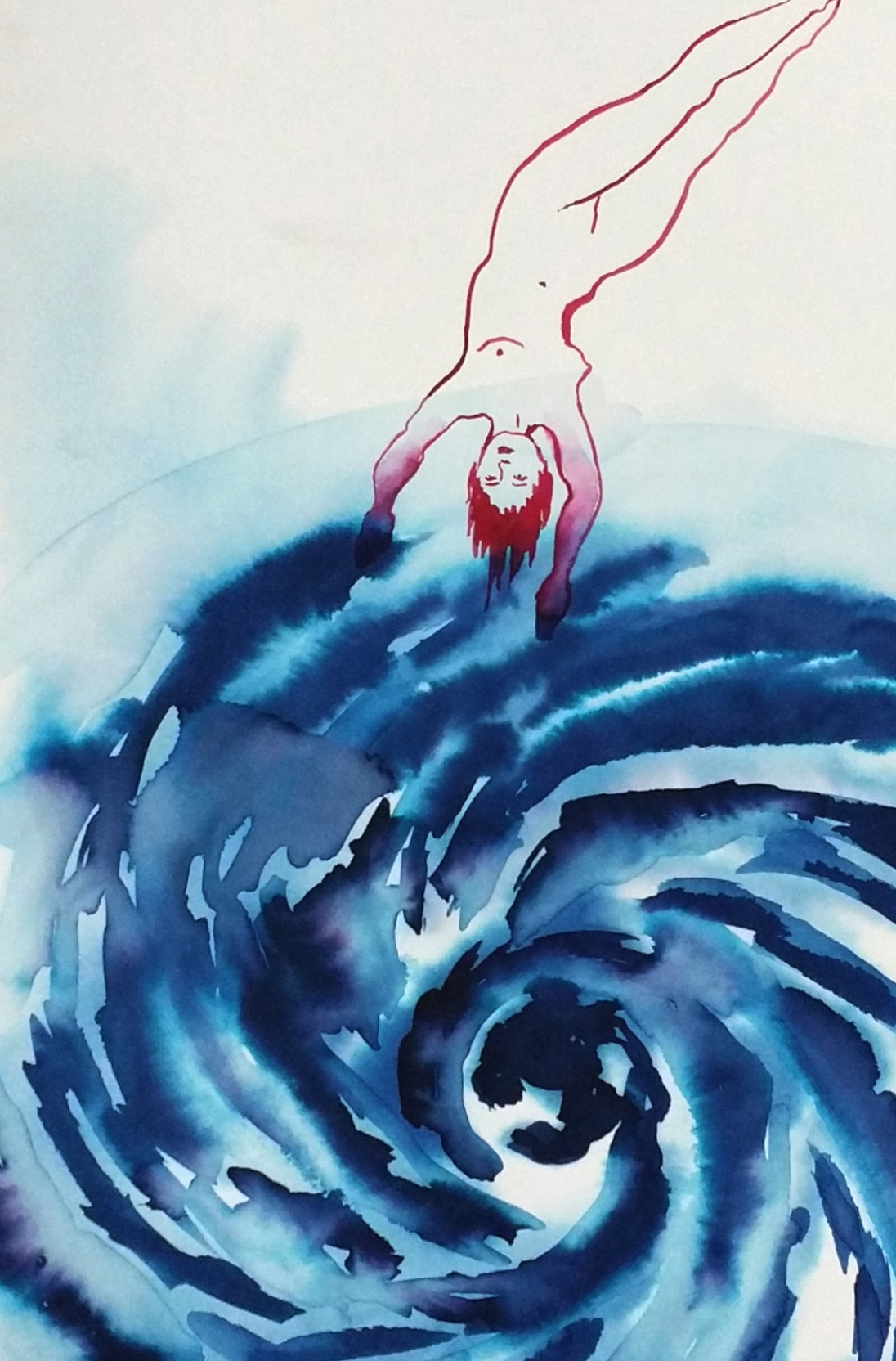
Estoy en el futuro.
Entré aquí maniatada.
Os escupo los sueños que me disteis.
Fue el engaño como una profecía
que, repetida tanto, se ha cumplido.

Ya soy lo que quisisteis.
Soy de nadie.

Extranjera en mi propio presente.
Exiliada de mi propio pasado.
Pura materia pútrida
sobre la barricada de mi inexistencia.

Ya soy el extrarradio de mí misma.

Todo está consumado.
Hágase en mí la voluntad del padre.
Repítase de nuevo
la injusticia.







REALIDAD Y VERDAD, apuntes sobre la vida de Aurelia y notas a la presente edición.

En 1998 este libro ya estaba terminado. La publicación de “Hay un ciego bailando en el andén” ese mismo año aconsejó esperar para sacar nuevo libro, pero ciertas circunstancias que ocurrieron después hicieron que permaneciese en silencio editorial durante diez años y este libro nunca vio la luz. Solo una pequeña parte de él apareció publicada en 2008 bajo el título “Los círculos concéntricos” tras recibir el “Premio de Poesía Blas de Otero” y, posteriormente, el Premio de la Crítica de Asturias. Sin embargo, la mayor parte del libro seguía inédita... y en paradero desconocido.

Con los sucesivos cambios de ordenadores que ocurrieron en los años siguientes el archivo con el libro completo se perdió en algún momento de esos tránsitos. Para celebrar que en este 2018 se cumplen veinte años desde su escritura y diez de su publicación, se decidió hacer una reedición de “Los círculos concéntricos”. Pero cuando el libro estaba listo para enviar al editor ocurrió un hecho inesperado: Agustina González, amiga desde el principio de los tiempos, me llamó para decirme que, revolviendo entre cajas antiguas, había encontrado el original del libro primitivo impreso en unos folios que yo le había enviado veinte años atrás.

Me pareció que el libro completo recién descubierto no había perdido vigencia en todos estos años transcurri-

dos. Hablé con el editor José María de la Quintana y él también pensó que era buena idea recuperar el texto íntegro.

Por otro lado, este 136% más que ahora se añade a lo publicado en 2008 supone ampliar la perspectiva psicológica del personaje que fue omitida en “Los círculos concéntricos”. De aquella edición fueron excluidas las partes del libro donde se abordan más extensivamente las implicaciones mentales que el abuso produjo en la niña, así como la terrible experiencia de su posterior encierro en un manicomio tras el incidente que termina con la muerte del padre.

El proceso de elaboración cognitiva del suceso y las secuelas psicológicas del trauma también se quedaron en unos folios impresos que se dieron por perdidos. Los hechos se produjeron en unos años extraordinariamente difíciles para quienes padecieron este tipo de abusos, por otro lado demasiado frecuentes. Tiempos donde reinaba la impunidad a causa de la desprotección social en la que vivía la mujer. Hechos que eran incluso silenciados y ocultados por las propias madres, y por la familia, aun cuando tuvieran conocimiento de los mismos. Tiempos terribles para los condenados a sufrir las condiciones que imponía la institucionalización manicomial; unas condiciones que no se modificaron hasta la reforma psiquiátrica que impuso la Ley General de Sanidad de 25 de abril de 1968. Hasta ese momento los encerrados en manicomios eran seres

cosificados dentro de un sistema donde no se aplicaban los derechos humanos.

Aunque en términos literarios sea completamente impertinente, los hechos sobre los que este libro se edifica son absolutamente reales. Se trata de dos historias distintas pero intrincadamente entrelazadas, y las dos ocurrieron verdaderamente. Aurelia no fue la causante directa de la muerte del padre. En realidad Aurelia, aún muy joven, harta de las malas maneras de su padre con su madre –y con los demás miembros del entorno familiar– se rebela y se interpone entre sus padres en uno de esos altercados. Se enfrenta a su padre en aquel tiempo donde todos los hijos trataban de usted a sus padres. Máximo Solares Céspedes, una especie de terrateniente dueño de una gran casa de piedra con zaguán en la que vivían también los once hijos con las respectivas esposas de aquellos que las tenían, montó en cólera; era un hombre severo que manejaba la hacienda con autoridad. Amenazó a su hija y la persiguió hasta el patio. Aurelia, con el carácter que siempre distinguió a las mujeres de esta estirpe, incluída mi propia madre, cogió una piedra del suelo y le advirtió de que no se le acercase. Demasiado para un hombre como Máximo. La piedra que lanzó Aurelia no alcanzó la cabeza de su padre, o al menos no lo suficiente, pero le hizo caer contra un muro de piedras que fueron las que culminaron el trabajo.

La muerte del patriarca y la desunión que se produjo entre los hijos, a causa también del asunto de Aurelia, inauguró una etapa difícil para aquella familia. Un poco más tarde, la guerra civil se llevaría por delante, y por la espalda, a todos los varones de la casa menos uno. Precisamente el que merecía con más rigor la muerte. Fue él quien destruyó lo poco que quedaba y quien echó a la calle, literalmente y del modo más innoble, a su propia madre: mi bisabuela Constanca –qué nombre tan apropiado– Céspedes Ordóñez. Sentada en una cuneta la recogió mi abuela y se la llevó con ella.

Nadie supo contarme con claridad lo que ocurrió cuando llegó la Guardia Civil a la casa. Siempre fue un episodio sobre el que todos los descendientes se negaban a hablar aunque supuso –junto con la guerra civil– el fin de aquella saga, la pérdida de todo y la dispersión de las mujeres de una familia que procedía de matrimonios entre Céspedes y Solares, siempre con algún grado de parentesco, desde 1647, año desde el que hay noticias.

Incomprensiblemente, o por presiones de la Benemérita, los hermanos de Aurelia reconocieron que ella había sido la responsable. Fue condenada, pero como posiblemente era difícil asumir que una mujer cuerda “asesinara” a su padre, o quizá por insinuación del abogado, Aurelia fue internada en un manicomio siendo muy joven. Cuando la convirtieron en un auténtico

guiñapo salió de allí para pasar todavía unos años más en la cárcel.

En el manicomio la sometieron a las peores torturas imaginables: perforaciones craneales, continuos “tratamientos” con electroshock que le produjeron fracturas y pérdida de piezas dentales, la mantenían atada a las patas de la cama o encima de ella y fue sometida a todo tipo de vejaciones intolerables para cualquier ser humano, pero más aún para alguien que se mantuvo absolutamente cuerda hasta el final de sus días. Cuando por fin terminó aquel inmenso despropósito, mi abuela, que nunca dejó de visitarla, la acogió en su casa. Allí la conocí y allí sembró en mí las semillas de la imaginación y la escritura.

En aquella casa de planta baja con un patio trasero, también conocería a mi bisabuela, vivió casi 100 años. Allí se juntaron cuatro generaciones simultáneamente: mi bisabuela, mi abuela Filomena y su hermana Aurelia, Evangelina –mi madre– y yo. Hay en mi memoria un sitio pequeñito que todavía recuerda aquella figura tan menuda y arqueada por los años, siempre sentada cerca de una ventana. Quién me iba a decir que acabaría escribiendo sobre aquello.

Aurelia, ya en casa de mi abuela, sufrió hasta seis embolias cerebrales (así se llamaba entonces). No se sabe si antes también tuvo otros episodios en el psiquiátrico. Yo era pequeño, pero aún resuenan en mi

memoria las palabras de aquel médico que la visitó después de la sexta embolia, de la que ya no se recuperaría y que acabó con ella: “Esto no es una mujer, es una mula”; no podía comprender tal resistencia. En cada uno de esos episodios Aurelia perdía toda condición humana, al menos en cuanto a lo que manifestaba su conducta. No podía hablar, no se sostenía, no tenía control de sus esfínteres. Pero en su inmensa fortaleza, o desesperación, a veces se tiraba de la cama, se arrastraba por el pasillo, conseguía abrir la puerta de la calle y salir al exterior. Mi abuela optó por poner cerrojos en su dormitorio y en la puerta de la calle para evitarle males mayores. Esas visiones, de las que algunas veces fui testigo, eran demoledoras.

Para Aurelia yo fui un niño especial; dormí junto a ella muchas noches. Cada día inventaba una historia asombrosa que me contaba de noche hasta que me dormía.

Siempre terminaba recompuesta de cada nueva crisis y volvía a ser la persona maravillosa y llena de ternura que yo conocí. Tengo un recuerdo imborrable de su penúltima embolia. Nadie sabía en qué momento Aurelia volvería a ser ella misma, e incluso si podría hacerlo. Una tarde me asomé a su cuarto, ella estaba tendida en la cama desde hacía tiempo, completamente inválida después de otra nueva crisis. Entonces la escuché decirme con toda claridad (perdía el habla siempre que le ocurría una embolia): “Ven, soy yo, no me tengas miedo. Siéntate aquí en la cama junto a mí”.

Eran las primeras palabras que pronunciaba tras su quinta recuperación y es el último recuerdo que tengo de ella: su mano sobre la mía y una conversación de la que no me acuerdo.

Podría haber sido consciente de los comentarios que se hacían sobre ella cuando estaba en ese estado en el que los demás la daban por perdida. Es posible que conservase la conciencia plenamente y que lo único que le sucedía era que fisiológicamente no podía expresarse al perder el control voluntario de su cuerpo. Si esto era así, magnificaría aún más el horror que padecía.

Los últimos años hábiles de su vida adquirió la costumbre de tejer a ganchillo tapetes que luego almidonaba. Ella misma fabricaba el almidón. Hacía cientos, de todos los tamaños, todos circulares y con el perímetro cubierto de pequeños triángulos, como rayos que salieran de un sol extraplano. En cada uno de los vértices de esos diminutos triángulos ponía un alfiler que estiraba el paño fijándolo sobre un gran soporte para que quedase rígido al secarse. Decenas de alfileres meticulosamente colocados para que el círculo quedase perfecto. Todavía conservo su caja de metal llena de alfileres, la mayoría doblados de usarse una y otra vez. Por ese motivo este libro tuvo durante un tiempo como título “Galaxias de almidón”.

En el episodio del abuso, el padre de Aurelia no fue el protagonista, pero sí lo fue en otros hechos que, segura-

mente consentidos, se produjeron en aquella casa. Sin embargo el suceso sobre el que aquí se poetiza, tal y como se desarrolla en este libro, sí ocurrió con otro miembro de la misma familia; pero eso, como dije más arriba, es absolutamente impertinente desde el punto de vista literario.

Este libro fue el primero de una tetralogía en la que se abordaron ciertas preocupaciones sociales, siempre con la intención de no introducir posiciones morales previas, sino más bien ahondar en una cierta escritura objetiva donde irá desapareciendo por completo la idea tradicional del sujeto lírico.

En este sentido “Las caricias del fuego” es el único de los cuatro libros en el que se adopta un *yo* confesional, desde una perspectiva femenina, como recurso para afrontar la historia. Los otros tres libros investigan sobre las posibilidades de la objetividad poética. Objetividad que alcanzará su clímax en las obras escritas a partir de 2010: “Topología de una página en blanco” y “Voces en off”, libros donde el sujeto ya ha desaparecido por completo.

El segundo libro de esta tetralogía, escrito entre los años 2002 y 2005 y aún inédito, denuncia el tema de los niños de la calle y la absoluta indiferencia de una sociedad moralmente blandengue y cabizbaja ante un horror difícil de imaginar. En él se consolida el cuestionamiento de la primera persona que se aprecia ya

plenamente en el tercero: “Flores en la cuneta”, escrito entre 2005 y 2007 y publicado por Hiperión en 2009. Aquí ya es patente la desaparición del sujeto tal y como se conoce en la poesía tradicional, siendo sustituido, si acaso, por una polifonía de voces, un conjunto coral donde el *yo* es absolutamente residual y, en la mayoría de los poemas, inexistente.

“Flores en la cuneta” se enfrenta a los mensajes falsarios de la publicidad y su insidiosa sugestión, centrándose en los accidentes de circulación como acontecimiento y símbolo de lo circunstancial. Es, en palabras de Francisco Díaz De Castro⁵, “la desolada reflexión existencial a partir de la alegoría del accidente como destino mortal hacia el que el *homo viator* se dirige inexorablemente”.

El cuarto y último libro, también inédito, se escribió entre 2009 y 2010 y afronta el tema de la pena de muerte situándolo en un penal de EE.UU.

El cambio radical que se produjo en mi forma de escribir en 2010 con “Topología de una página en blanco” y posteriormente con “Voces en off”, me hizo considerar toda esta producción anterior como una parte menor –y antigua– de mi obra que tal vez no mereciese la pena publicar. Sin embargo, igual que me ocurrió en 1998, otras circunstancias socio-literarias

⁵ Francisco Díaz de Castro, “El Cultural-El Mundo”, 8-01-2010.

actuales hicieron que me replantease el asunto de la publicación de estos libros ya viejos que tratan unos temas que, desgraciadamente, siguen estando en permanente actualidad.

Así que por estas razones, además de la excusa de celebrar su décimo y vigésimo cumpleaños respectivamente, junto con el editor José María de la Quintana –a quien agradezco su infinita confianza y apoyo– decidimos publicar el libro original y primitivo (con las lógicas correcciones y actualizaciones realizadas para esta edición), pero dándole una nueva trascendencia. Para ello hemos hecho un vídeo-libro (una película de una hora de duración con la lectura de una selección de la obra publicada) y un audio-libro con la lectura de un 70% del texto completo que contiene lo más significativo y mantiene la línea argumental de la historia. Puede escuchar o descargar el audio libro desde la web del autor: www.alejandrocespedes.com

A todo esto hay que añadir las espléndidas ilustraciones de Eva Hiernaux. Es posible que haya merecido la pena perder el libro... y volverlo a encontrar.

Alejandro Céspedes, Oviedo, 9 de julio de 2018

RECONOCIMIENTOS:

Especial agradecimiento a Manuel Álvarez Suárez, Mirian Fernández Álvarez, Pepa García Pardo, Eva María Ramírez Díaz, Mariano Garrosa, Manuel Álvarez Fernández y Mildred Josefina Díaz García, que participaron valiente y entregadamente en la grabación del vídeo. A Eva Hiernaux por sus ilustraciones. Al editor José María de la Quintana por su total apoyo, su confianza y su generosidad para satisfacer todos mis caprichos. Ningún editor me permite hacer libros tan hermosos como los que Amargord me publica.

NOTAS BIOGRÁFICAS

EVA HIERNAUX. Licenciada en Bellas Artes, especialidades de Grabado y de Pintura, por la Universidad Complutense de Madrid. Desde 1986, año en el que hace su primera exposición, realiza más de 30 exposiciones individuales y participa en más de 100 colectivas. En 2001 funda Ediciones El Torpe al Timón, que cuenta en la actualidad con un fondo de cerca de cuarenta títulos, entre poesía discursiva, poesía visual y libros de artista. Del 2002 al 2008 formó parte del colectivo YEA (Yolanda Pérez Herreras, Eva Hiernaux, Almudena Mora), que cada mes organizaba “Ven y vino”, jornadas de poesía y acción, en el Taller-galería El Mono de la Tinta, en Madrid. Desde el año 2008 forma parte de la Asociación Tres en Suma Arte Contemporáneo, en la que coordina y participa en las más de 30 exposiciones y en los 18 números de la publicación de edición limitada realizados hasta la fecha. Tiene publicados 14 poemarios en Ediciones El Torpe al Timón y uno en Ediciones Amargord.

Artista multidisciplinar, se mete de lleno en el amplio universo de la poesía visual y el objeto poético. A través del collage digital o de la fotografía como herramientas, y de imágenes de objetos cotidianos como material, se vuelca con ironía y crítica a sembrar dudas y reflexiones, a desvelar las múltiples dimensiones de lo que llamamos realidad, frágil e híbrida tantas veces.

ALEJANDRO CÉSPEDES (Gijón, diciembre, 1958) es licenciado por la Facultad de Filosofía y Ciencias de la Educación de la Universidad de Oviedo. Residió en Madrid durante 30 años y ahora lo hace en Oviedo. Su trayectoria profesional durante 25 años se desarrolló en el campo de la gestión cultural, en la gestión y dirección de espacios escénicos, programación, producción, distribución y dirección escénica. Realizó crítica de poesía en el suplemento cultural del diario El Mundo desde 1998 a 2002; fue miembro fundador y del Consejo Editorial de la revista “Número de víctimas”, y responsable del Área de Poesía de la revista “La Cultura de Madrid”. Ha publicado sus poemas en “Insula”, en los diarios ABC y El Mundo y en la mayoría de revistas literarias españolas. Desde 2009 a 2011 codirigió el programa de poesía “Definición de savia” en la Radio del Círculo de Bellas Artes de Madrid, y en la cadena SER fue responsable de la sección de literatura y teatro del programa “Café con hielo”.

PREMIOS LITERARIOS: Ha obtenido, entre muchos otros, el *Premio Jaén de Poesía*, 2009; *Premio de la Crítica de Asturias*, 2008; *Premio Blas de Otero*, 2007; *Hiperión*, 1994; *Navarra de poesía*, 1985; *Internacional Villa de Lanjarón*, Granada, 1985 y *Ángel González*, Oviedo, 1984, así como el accésit del *Premio Internacional Teatro Español de Madrid*, 1985 y el Premio Standard de Textos Teatrales, 1977.

PUBLICACIONES: *Voces en off*, (Amargord, 2016, 2ª ed. 2017); *Topología de una página en blanco* (eBook, *Código de Barras*, 2011, y Amargord, 2012); *Flores en la cuneta* (Hiperión, 2009); *Los círculos concéntricos* (AEAE, 2008); *Sobre andamios de humo* –Poesía reunida– (Vitruvio, 2008); *Y con esto termino de hablar sobre el amor* (incluido en *Sobre andamios de humo*); *Hay un ciego bailando en el andén* (Hiperión, 1998); *Las palomas mensajeras solo saben volver* (Hiperión, 1994); *James Dean, amor que me prohíbes* (Pamiela, 1986); *La noche y sus consejos* (Genil, 1986), y las plaquettes *La escoria de los días* (Madrid, *La esfera*, 2009) *Tú, mi secreta isla* (Málaga, *Plaza de la Marina*, 1990) y *Muchacho que surge* (Santander, *Scriptum*, 1988).

POESÍA ESCÉNICA Y VÍDEO+POESÍA: Desde 2008 ha desarrollado un importante trabajo en el ámbito de la poesía escénica con la dramatización y puesta en escena de vídeo-espectáculos para las lecturas de los libros: “Los círculos concéntricos” (con las actrices Cinta López y Fernanda Orazi); “Flores en la cuneta” (con los actores: Fernanda Orazi, Sergio Torrico, Adolfo Simón, Analía Scaranno, y la colaboración de Graciela Baquero, Sergio Álvarez Camacho y Óscar Martín Centeno); “La libertad del títere”, sobre textos de “Topología de una página en blanco”; “Voces en off, la invención del espacio”, con dos dramaturgias diferentes: una para cinco personajes y otra para uno solo; y el último trabajo: “Las caricias del fuego”, un vídeo de 1 h de duración sobre textos del libro, acompañado de la

lectura dramatizada de un una selección del libro. Estos espectáculos se han representado en: Teatro Fernando Fernán Gómez, Centro de Creación Contemporánea-Matadero, Palacio de Cibeles y Auditorio de la Delegación del Principado de Asturias (todos ellos en Madrid), Auditorio de Cuenca, Sala Carme Teatre (Valencia), Teatro Circo (Puente Genil, Córdoba), Museo Barjola y Teatro del Centro de Cultura Jovellanos (Gijón), Centro Cultural de la Generación del 27 (Málaga), Universidad de Zaragoza, además de en otros espacios de la geografía nacional.

Desde 2008 realiza una constante labor en el ámbito de VÍDEO+POESÍA que se puede ver en su página web:
www.alejandrocspedes.com



(Foto: José Javier González)

ÍNDICE

La Primera Palabra	11
Traspasar la frontera era tan fácil...	15
Pero... ¿si no hay frontera?	16
No sé cómo dejar de recordar	17
Yo era su gran amor	18
—Somos nuestro secreto —me decía	19
A veces ni siquiera se alegraba de verme	20
Después de que chirrié la puerta de su cuarto	21
Está haciendo el recuento	22
Supe a los doce años que aquel coche tan grande	23
La Segunda Palabra	25
La mentira	29
He aprendido a amansar sus estampidas	31
Cuanto más ensanchábamos los huecos de los ojos	33
La deuda con un mundo al que no creo	35
Esta piedra que soy ha amasado otra estatua	36
Nunca tuve razones para habitar mis sueños	37
La Tercera Palabra	41
Pero un día, de pronto	45
Me vi	47
Fue una piedra	48
Sintió una mordedura	50
Es él quien me dirige	51
Caminé	53
La Cuarta Palabra	55
Su nombre se me hizo intolerable	59
No puedo recordarlo	61
Del lugar del que los dos venimos	62

Odiar o ser amada	63
Odiar y ser amada	65
Quizá os sea más fácil aceptar el silencio	66
A pesar de la guerra continua que me esquilma	68
La Quinta Palabra	69
El control sistemático	73
Cuando por fin quitáis los electrodos	74
Ahora, si algún rastro consigue	75
El silencio que precede a los golpes	76
Cada vez que me observo reflejada	77
Hay una incoherencia en el espacio	79
Como yo fui una luz	81
A mí, que fui una luz	82
La Sexta Palabra	85
Y todo porque un día no quise abrir los ojos	89
Desde la misma piel de su memoria	90
Miro hacia atrás	92
Rebusco en cada átomo varado sobre el fango	94
Esto en lo que me han convertido	95
Ya rueda la espiral	96
Camino hacia el pasado	97
La Séptima Palabra	101
He llegado hasta aquí y soy ante mis ojos	105
Ante mí solo hay pájaros lisiados	106
No matarás	108
Todo está consumado	109
Todo está consumado	110
Realidad y verdad	115
Reconocimientos	125
Notas biográficas	126





“Ningún fragmento de este libro nos deja indiferentes. La voz de Aurelia, con veracidad y emoción, nos sumerge en su mundo de silencios y misterios que según nos van siendo revelados nos conmueven y estremecen”.

Herme G. Donis

“Si la poesía tiene la capacidad de sublimar la realidad, incluso la más oscura, este libro es un notable ejemplo de ello. Lenguaje directo y no por ello menos lírico que atrapa y hace dudar. La víctima y el verdugo. ¿Es todo tan sencillo? Céspedes los cubre a ambos con la mirada generosa del que intuye los caminos ocultos, las trampas y los chantajes sentimentales, pero también la imposición y el abuso que se suelen dar en las relaciones pedófilas. Un libro desasosegante y hermoso”.

Miguel Rojo

“El verdadero personaje o trasunto del libro es el amor y también su forma contraria: el amor como odio, el amor desmedido como arma de destrucción personal, especialmente cuando la partida no se juega entre iguales y uno de los dos está indefenso ante el dominio o la brutalidad del otro. Céspedes ahonda en un tema universal y siempre actual como es el horror dentro del hogar. No hay mayor sufrimiento que la confianza truncada, el secreto infantil que se guarda inconfesable hasta la edad adulta o el diván de los psicólogos. El autor consigue hacer de su protagonista una memoria que se explica desde un lirismo alejado de lo común o de la poética al uso, con imágenes sabiamente elaboradas y la comprensión de nuestros miedos interiores”.

Agustín Calvo Galán

